

En tantas veces como los religiosos nos favorecieron con sus visitas, nunca nos fastidiaron con una conversación adusta, ó en que tuviesen pretensiones de lucir como hombres espirituales y entregados á una vida puramente ascética; parecía antes bien, que estudiaban nuestro carácter para atemperarse á él en sus conversaciones, conforme á las reglas de una exquisita urbanidad. Tuvimos el gusto de tratar con varios eclesiásticos profundamente versados en la Teología, en el Derecho Canónico, en la Historia sagrada y profana, en la bella Literatura romana y española, y en muchos otros ramos del saber humano. En el tiempo á que nos referimos, el Colegio estaba subscripto á los periódicos nacionales más notables de la época, así es que, allí se estaba al tanto de los acontecimientos importantes contemporáneos. Y sin embargo, ese caudal de ciencia profana y sagrada, en contacto con los conocimientos del siglo, ni producían hinchazón en aquellos sabios modestos, que llenos de luz y de doctrina, podían ser comparados á unos niños por su sencillez; ni desdecía en lo más mínimo de la gravedad de un instituto, cuya exclusiva misión es la de santificar á sus miembros para que estos santifiquen al mundo. Esos religiosos se impregnaron por decirlo así, de todo el saber humano, y aun de las actualidades del siglo, porque en su apostolado necesitan combatir el orgullo de la ciencia humana, é imprimir un sello divino sobre el inestable carácter de ese mismo siglo.

Se tiene la idea de que los frailes generalmente son gentes bruscas, sin educación alguna y groseras en todos sus portes. Nosotros en el Colegio de Guadalupe, tratamos con religiosos que, lejos de tener estos defectos repugnantes, al contrario, les encontramos muy al alcance de la educación del día, y de esos estudios delicados y maneras expresivas, que les pone en aptitud para tratar con la sociedad más culta, sin descender por ello de la gravedad caballerosa que es

indispensable en todo el que viste el austero hábito monástico.

COMUNION.

Dijimos que habíamos ido al claustro en busca de la paz del corazón. No nos equivocamos al dirigirnos á un asilo donde se respira un ambiente todo de paz. En él todo lo que se presenta á la vista, así como lo que afecta al espíritu y al corazón, parece que tiene el poder de conjurar esas turbulencias que suscitan las pasiones, de abrir los ojos á una luz nueva también. El solo espectáculo de las prácticas piadosas, á que sin cesar está dedicada la comunidad, el aspecto venerable de tantos hombres, en cuyos semblantes está pintado el espíritu de vencimiento y de abnegación continua; la idea de penitencia y de expiación que se refleja de todos los objetos con que se tiene que estar en contacto, es bastante para impresionar profundamente, aun al corazón más frívolo, y más hundido en las vaciedades del siglo.

El que habite por algunos días en el Colegio de Guadalupe, no necesita oír predicación, ni dedicarse á la lectura de libros de piedad, para transformarse en otro hombre, y ocuparse seriamente de algo que tenga tendencias á lo sobrenatural: para esto le bastan solo los repetidos ejemplos que tiene á la vista, á todas horas y en todas líneas, y en todas partes. Presenciamos varias veces la comunión de la comunidad, en los días en que debe recibirla por estatuto. Este es uno de los actos más graves y patéticos que hemos presenciado en nuestra vida. La comunidad espera en la sacristía la hora de la comunión, en medio de un silencio tan profundo, de compostura tan modesta, que solo se puede explicar en el hombre que se anonada absolutamente bajo el peso de la conciencia y de su pequeñez en presencia de un Dios infinitamente grande. De allí se van acercando los religiosos á la sagrada mesa, descalzándose previamente y postrándose por tres veces: sin que en este tiempo se oiga más que la

fórmula de la administración del Sacramento terrible pronunciada por el sacerdote, y el chisporroteo de la cera que arde al rededor del Dios vivo. Si algún cuadro hemos presenciado en la vida con verdadero temor y temblor; si alguno nos ha causado impresiones inolvidables, sin que nunca nos haya sido dado describirlo exactamente, es el de esa comunión en Guadalupe, que da tan poco que ver, como mucho que sentir, sin poder, sin embargo, decir algo sobre ella.

Aquellos hombres ángeles, hundidos por decirlo así desde la cabeza hasta los pies en la miseria de su sayal, emblema de la miseria misma de la carne, con sus plantas desnudas y arrastrándose sobre sus pechos para acercarse al Verbo de Dios, nos parecieron tan grandes, tan sublimes, como puede serlo el hombre que, reuniendo la fé del apóstol, la esperanza del profeta y la caridad del mártir, arrastra consigo la conciencia del pecado, y da testimonio de la penitencia. Si alguno quisiera conocer la personificación del prodigio cristiano, prodigio monstruo en verdad, que resulta del recogimiento de la fé, la esperanza, la caridad y la expiación, le conduciríamos á presenciar la comunidad de los religiosos de Guadalupe: allí vería desaparecer al hombre todo, mediante una completa transformación divina; á manera de la víctima sagrada que desaparece del altar de los sacrificios devorada por la llama que descende del cielo para consumir el holocausto: allí vería levantarse al mortal hasta las alturas del cielo, como el profeta Elías que, arrebatado por el torbellino de fuego, se perdió á los ojos de Eliseo, dejándole su manto en testimonio de la peregrinación que había consumado.

TOTA PULCHRA.

Otra de las prácticas muy interesantes para nosotros en aquella comunidad, fué el canto por la noche, del *Tota Pulchra* que entona en el cuerpo de la Iglesia, y que viene á cerrar las oraciones comunes del

día. Es un canto grave, bajo la nota de un sentimiento muy expresivo y sin más música que la misma letra que se entona; y no obstante esto, siempre encontramos nueva aquella canturia; y sus armonías repetidas mil veces, nos parecían reproducirse todos los días á impulsos de una inspiración nueva.

PINTURA.

Cumplido nuestro primer propósito en el Colegio de Guadalupe, tuvimos libertad para dedicarnos á conocer algunas de las bellezas que enriquecen á aquellos claustros. Vimos pinturas de mucho mérito y de pinceles de primer orden: éstas son calificadas allí con criterio, estimadas con gusto y conservadas con esmero. Hace pocos años que por alguna de ellas ofreció un extranjero, amante de las bellas artes, una fuerte suma que fué desechada modestamente por los pobres mendicantes, prueba del buen gusto y desinterés que reina entre aquellos religiosos.

Conocimos los retratos de algunos religiosos venerables por sus virtudes; de otros que se pueden llamar beneméritos de la patria, porque ensancharon sus límites llevando la luz del Evangelio, y con ella la civilización y el imperio de la ley, más allá de los desiertos que nunca pudo penetrar la espada del conquistador: Religiosos ilustres que fueron á fecundizar con su sangre el helado territorio de Texas; y que opusieron un muro inexpugnable á las irrupciones de los salvajes, que cuando faltaron los misioneros han podido traer al corazón de la República, la desolación y el exterminio! ¡Apóstoles oscuros, según el mundo; pero cuyo nombre aparece radiante en las páginas de la Religión y de la humanidad.

Al ver nosotros en los claustros de Guadalupe los retratos de esos varones ilustres que revelan la humildad del espíritu y la maceración de la carne; al leer sus pequeñas biografías, escritas al pié de los mismos cuadros, reducidas á decir el nombre del apóstol, la du-

ración y el lugar de su misión y su muerte; ya consumido por los trabajos de la campaña evangélica, ya sacrificado por el furor del idólatra bárbaro, no pudimos menos de confundirnos al encontrar en nuestros días en todo su ardimiento ese espíritu apostólico que recuerda las historias de los primeros días del cristianismo, y bendecíamos esos dichosos monasterios conservadores perpetuos de una fé viviente y de una caridad sin límites. Hé aquí, decíamos, los verdaderos conquistadores del mundo; porque solo ellos conquistaban, triunfando del orgullo y de la ceguedad de la inteligencia, y avasallando el corazón.

En vano algún curioso se esforzará por oír en Guadalupe historias maravillosas; biografías como las de los grandes del siglo; rasgos sorprendentes y de incomprendible carácter. No; allí se leerán y se escucharán las relaciones modestas de los trabajos apostólicos del misionero de Californias; del martirio horrible del misionero de Texas; los apuntamientos históricos o científicos que el apóstol de la fé ha podido escribir en los márgenes de las páginas de su breviario bajo las encinas del desierto. Los religiosos de Guadalupe, dignos hijos del Venerable Padre Margil, no aspiran á otra cosa que á andar y desandar millares de leguas, propagando la fé que llevan en su corazón, que cultivan en su inteligencia y que sellan con su sangre.

En el proceso seguido para la beatificación del Venerable Padre Margil, figura como hecho muy sorprendente el increíble número de leguas que anduvo á pié en toda su vida en ejercicio de su ministerio de *propaganda fide*. Sus hijos, los religiosos de Guadalupe, han seguido el ejemplo de aquel varón apostólico, y han sido otros tantos héroes del cristianismo y de la civilización evangélica.

VIDA DEL CLAUSTRO.

A las doce de la noche van al coro todos los religiosos; luego tienen media hora de oración mental y á eso

de las dos de la mañana vuelven á sus celdas. Muy temprano, se dirijen al coro para recitar la hora menor llamada *prima*. Se rezan entonces las misas, y en los juéves y los sábados, misas cantadas, y en los días festivos, misas después de *tercia* á las ocho de la mañana según el rito de la Iglesia. Conforme celebran los sacerdotes toman su desayuno. El espacio que queda hasta las diez, era dedicado al estudio y al confesonario. De diez á once se decían las horas canónicas *tercia*, *sexta* y *nona*. A las once se pasaba al refectorio, en donde jamás se omitía la lectura edificante que hacían por turno los coristas. En las mesas no se conocía el uso de los manteles sino en días muy clásicos. En ciertos días señalados, dadas las gracias después de la comida, se practicaba el acto humilde de lavar los platos. Acabado este acto, iba la comunidad á la Iglesia y rezaba la estación en cruz delante del Santísimo Sacramento.

Volvían á sus celdas. A las dos de la tarde la campana los llamaba al coro, en donde permanecían tres cuartos de hora rezando *vísperas* y *completas*: los juéves y domingos, menos en el Adviento y Cuaresma, terminado el oficio divino, se reunían en conferencias, las que versaban sobre Teología moral, y los viernes, acerca de la Regla que profesaban. De las tres á las cinco se dedicaban al estudio.

Luego se oía el tañido de la campana, que era un llamamiento, para tener una hora de oración mental, de la cual se levantaban saliendo con dirección al refectorio para la colación ó cena, pasando después al templo, en donde se entonaba solemnemente el *Tota pulchra* y por devoción especial á la Purísima Concepción, se añadía los domingos: *para dar luz inmortal*. A continuación, y á tenor de las leyes de la Orden, tres días á la semana tenían disciplina: el noviciado la tenía las vísperas de Comunión de regla, por lo común miércoles y sábados. El tratamiento fué siempre de: Vuesa Paternidad á los Prelados, Vuesa

Reverencia á los Sacerdotes, y á los coristas, laicos novicios y donados el de Vuesa caridad.

En esto daban las ocho de la noche, se oía tocar á silencio y retiro, y hechas las oraciones piadosas, descansaban hasta media noche.

Los jueves que no eran de Cuaresma ó de Adviento eran días de asueto por las tardes. Como á las cuatro se dirijían á la huerta. A las seis y media eran llamados al coro; se rezaba la Letanía Lauretana y la estación; después bajaban al refectorio. En todos los actos á que asistía la comunidad, lo hacía en silencio."

Esto escribía el señor D. Remigio Tovar, quien más tarde cambió la pluma y la toga por la espada, convirtiéndose en un veterano valiente que llegó á ser general en el ejército conservador.

XVII.

Las leyes monásticas.

Margil legislador.

"Las reglas de las observancias religiosas no deben considerarse como invenciones humanas. San Lucas dice: Vended lo que teneis, y dádselo á los pobres: hecho esto, venid y seguidme. Si alguno viene á mí y no aborrece á su padre y á su madre, y á su muger y á sus hijos, y á sus hermanos y á sus hermanas, y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo.

"El Bautista observó en el desierto una vida de despredimiento, de pobreza y de perfección, cuya santidad se transmitió á los solitarios, sus sucesores y sus discípulos.

"San Pablo el Anacoreta y San Antonio, buscaron los primeros á Jesucristo en los desiertos de la Baja Tebaida; San Pacomio apareció en la Alta Tebaida, y recibió de Dios la regla por la cual debía de dirigir á sus numerosos discípulos. San Macario se retiró al desierto de Sethé; San Antonio al de Nitri; San Serapio

á las soledades de Arsinoe y de Memphis; San Hilarión á la Palestina, fuentes abundantes de una innumerable multitud de anacoretas y de cenobitas que llenaron el Africa, el Asia y todas las partes del Occidente.

La iglesia, como una madre sobrado fecunda empezó á debilitarse con el gran número de sus hijos. Habiendo cesado las persecuciones, el fervor y la fé disminuyeron en el reposo; pero, sin embargo, Dios que quería perpetuar su Iglesia, conservó algunas personas que se separaron de sus bienes y de sus familias por medio de una muerte voluntaria, que no era ni menos real, ni menos santa, ni menos milagrosa que la de los primeros mártires. De aquí las diferentes órdenes monásticas, creadas bajo la dirección de San Bernardo y de San Benito. Los religiosos eran ángeles que protegían á los estados y los imperios con sus oraciones; columnas que sostenían la bóveda de la Iglesia; penitentes que aplacaban con torrentes de lágrimas la cólera de Dios; estrellas resplandecientes que llenaban de luz al mundo. Los conventos y los peñascos son su morada, se encierran en las montañas como entre murallas inaccesibles: se hacen iglesias de todos los sitios donde se encuentran; descansan en la cima de las colinas como palomas; se sostienen como águilas en la cumbre de los riscos; su muerte no es ni menos feliz ni menos admirable que su vida como refiere San Efren. No tienen ningún cuidado de labrarse sepulturas; están crucificados para el mundo: muchos, atados como en la punta de las rocas escarpadas, han entregado voluntariamente sus almas en manos de Dios; los hay que paseándose con su sencillez ordinaria, murieron en los montes que les servían de sepulcro. Algunos, sabiendo que era llegado el momento de su libertad, se ponían con sus propias manos en la tumba: los ha habido que, cantando las alabanzas de Dios, han expirado en el esfuerzo de su voz, habiendo terminado su oración, y cerrado su boca la muerte sola. Esperan á que la voz del arcángel les despierte de su sueño: entonces florecerán de